LA INSTITUCION

DE LA EUCARISTÍA.

La obra maestra de Dios.

I. — Adoración.

Adorad el Poder divino de Jesús, desplegando la fuerza de su brazo y acumulando las más admirables maravillas en la institución de la Eucaristía. La Transustanciación es su obra maestra, que contiene y resume todos los prodigios que ha obrado en el transcurso de los siglos.

La Omnipotencia, con una sola palabra, cambia el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo: es obra de una fuerza tan grande como la creación misma, porque hace desapa-

recer, ó mejor dicho, sumerge en la nada toda la sustancia de los dos elementos. Pues bien; para hacer entrar en la nada á un ser, se necesita tanto poder como para sacarlo de ella, y para esto Dios debe vencer la inclinación natural de su bondad, que es de dar el ser más bien que restringirlo.

Después de esto, los accidentes ó las apariencias del pan y del vino quedan en su estado primitivo, con el mismo gusto, la misma apariencia, la misma forma y el mismo aspecto que antes. Esta es otra maravilla, porque estas apariencias no pueden, según las leyes de la naturaleza, existir sin estar sostenidas y sin reposar sobre la sustancia, para la cual son creadas, como sobre su base natural. El Cuerpo de Jesucristo no es su punto de apoyo, pues no tiene ni la forma, ni la blancura, ni el sabor de la Hostia. ¿Quién, pues, sostiene en su soledad, y como suspendidos sobre el abismo de la nada, sin dejarlos caer en él, á estos seres tan frágiles, á los que el el cuerpo de Jesús no sostiene? La Omnipotencia.

Jesús tiene treinta y tres años cuando instituye la Eucaristía; es un hombre hecho, de alta estatura, de miembros fuertes y ágiles, de

rostro noble, tal, en fin, como el primer hombre salido de las manos del Criador. Pues bien; de repente este hombre es reducido á un punto, no conservando ni dimensiones, ni talla, ni tamaño, ni cantidad; todo ha desaparecido, sin que los ojos puedan percibir más que el velo del pan, que le cubre como una piedra de sepulcro. ¿Quién, pues, ha podido ejercer esta destructora acción sobre el cuerpo de Jesús? El brazo de la Omnipotencia.

Y en el punto del pan consagrado, imperceptible, indivisible, inaccesible á la vista y á la mano, así como á la inteligencia del hombre, el Cristo continúa vivo, organizado en las proporciones tan bien arregladas de su cuerpo, con todos sus miembros, con su rostro de dulce mirar, con su corazón, cuyas pulsaciones violentas, ó apaciguan nuestro amor ó nuestra frialdad. ¿Quién es, pues, esa mano que juega así entre las maravillas más admirables y más contradictorias en apariencia? La mano de la Omnipotencia.

Y como este adorable juego recrea soberanamente al Amor, la misma Omnipotencia que lo inauguró en la Cena lo continúa á través de los siglos, confiando sus admirables resortes á pobres ministros escogidos entre los hombres;

y he ahí que á cada hora del día, en toda la superficie del globo, millares de sacerdotes repiten y perpetúan esos insondables prodigios, sin esfuerzo, con la acción más simple, pronunciando algunas palabras en voz baja.

¿Quién piensa en esa acción incesante de la Omnipotencia, que transforma la tierra en un campo de innumerables maravillas? ¿Quién piensa en ella para adorar, para bendecir á la Omnipotencia y vivir en el santo temor que deberían inspirarnos su presencia que nos rodea, su acción que se ejerce tan cerca de nosotros, y las maravillas sembradas bajo nuestros pasos, á través de las cuales pasamos sin fijarnos en ellas, de un modo semejante á los monarcas de Oriente, acostumbrados á pisar tapices de oro, cuyo valor equivaldría á la fortuna de una provincia?

¡Omnipotencia de Jesús, yo os adoro! La Eucaristía es vuestra obra por excelencia; sólo Vos pudisteis crearla, y sólo Vos podéis mantenerla: bien sé que cuando el Amor lo desea, todo es posible, y creo en todas las maravillas que reunís en la Eucaristía.

II.—Acción de gracias.

Dad gracias á la divina Sabiduría por la parte que toma en la institución de la Eucaristía; estudiad los medios admirables que toma, los recursos variables que despliega, los prodigios de inteligente ternura que verifica para ajustar la Eucaristía á nuestras necesidades, y para hacer de todo la obra maestra de amor, de bondad, de dulzura y de condescendencia, que ella ha sabido hacernos tan familiar.

Teníamos necesidad de que nuestro Dios se hiciese presente á nosotros de una manera al mismo tiempo sensible y espiritual, accesible y oculta: sensible, para que nuestra alma, encerrada en la prisión del cuerpo, no pudiese ver nada sino por la ventana de los sentidos; oculta, para que la fe se ejercitase á través de los velos de lo incomprensible; sensible, para ayudar á nuestra fe; oculta, para templar el esplendor del cuerpo glorioso de Jesús y abatir su majestad.

La Sabiduría inventó la presencia bajo las apariencias sensibles del pan; vemos entonces á nuestro Dios, sabemos dónde está, vamos derechos á Él sin temer, y no le palpamos: la

fe tiene lugar de ejercitarse, al mismo tiempo que el amor, estimulado por el velo discreto que le encubre, anuda con Él las íntimas relaciones de la amistad familiar.

Teníamos necesidad de encontrar en un alimento divino y reparador la vida sobrenatural que perdimos al comer el fruto prohibido y envenenado.

La Sabiduría ha puesto la propia vida de Dios, la vida con que vive en sí misma, en la carne de Jesús, pues la ha envuelto y reducido á un poco de pan, á fin de que podamos recibirla sin la repugnancia que causaría la vista de la carne viva, el estupor que causaría Jesús si viniese á nosotros con su grandeza natural.

En fin, era preciso que todos los hombres, teniendo las mismas necesidades, pudiesen disfrutar de la misma felicidad que los Apóstoles en la Cena. La Sabiduría hizo á un tiempo las dos maravillas de la perpetuidad y de la multiplicación de la Eucaristía, y gracias á este medio la Eucaristía se reproduce todos los días, en todos los lugares, y la Mesa se encuentra por todas partes para alimento y consuelo de todos.

Sabiduría eterna, Sabiduría encarnada, Sabiduría que habéis inspirado las armonías de

la Eucaristía, ¡cuán dulce es vuestro espíritu! Para testificarme vuestra ternura, me da el pan celestial, que encierra en sí todos los sabores: ¡Vos le habéis preparado expresamente para mí, y tan bien apropiado á su objeto, que no pudiera encontrar nada más accesible á mi amor, más creíble á mi fe, más conveniente á vuestra majestad y más conforme con mis necesidades! Sed alabada, bendecida, y dénseos gracias para siempre jamás, ¡oh Sabiduría eternamente amante, eternamente amable! Vos sois la Eucaristía misma, y venís á nosotros en el dulce maná del Sacramento.

III.—Reparación.

Contemplad á la Divina Misericordia en la parte que ha tomado en la institución de la Eucaristía. En ella ha depositado el perdón, la expiación y la reparación perpetua por los pecados del mundo.

Y el pecado, ¡ah! el pecado sigue cometiéndose después que Jesús murió sobre la Cruz para destruirlo y expiarlo. ¿No era preciso que la muerte de Jesús continuase persiguiéndolo y reparándolo á medida que fuese cometido?

La Misericordia ha hecho que la Eucaristía sea, no sólo un sacramento, sino un sacrificio, y ha puesto en éste todos los méritos, todas las satisfacciones, todas las eficacias del sacrificio de la Cruz. Cada día ella repite en nuestro favor la obra del Calvario: ella inmola á Jesús, ella consume la víctima, y no cesa de tener al mundo empapado en su sangre redentora.

¡Oh Misericordia, cómo os esmeráis en perdonar!

¿No era preciso que todas las almas pudiesen acercarse al Calvario, empapar sus vestiduras en la sangre del Cordero para purificarse, beber en aquella fuente saludable para santificarse, y comer su parte de la víctima para participar plenamente de la virtud del sacrificio de Jesús? ¿No era una necesidad que el pecado fuese perseguido hasta en los retiros profundos del cuerpo y del alma de cada uno, donde se extienden sus raíces? ¿Que la Carne purísima purificase nuestra carne, y que la Sangre inocente apagase los funestos ardores de nuestra sangre corrompida?

Y la Misericordia conserva en la carne resucitada de Jesús todas las virtudes santificantes de la Víctima sacrificada en el Calvario; hace de ella un bálsamo, un colirio, un remedio

soberano, y todos los días nos lo da en la comunión; ella entra en nosotros con la Hostia santa y se dedica á restaurar, á extinguir, á arrancar, á curar: nada de lo que está enfermo y herido, ni el sufrimiento, escapa á su acción, en el alma ni en el cuerpo.

¡Oh Misericordia, cómo os ocupáis en restaurar!

¿No era necesario también que los hombres culpables y obstinados tuviesen sobre ellos, para que rogase por ellos y desviase los rayos de la Justicia, un sacerdote santo, inocente, sin mancha, que no necesitase perdón para Él y que pudiese desde luego ofrecer en favor de aquéllos todas sus oraciones y todos sus méritos, y que hiciese oir, noche y día, la voz de su sangre voluntariamente derramada?

Y he ahí que la Misericordia ha colocado á este Sacerdote soberano, á este mediador omnipotente, á este infatigable abogado, á este vigilante centinela en todos los Tabernáculos, en todas las Hostias; y la misma Misericordia le ordena que defienda nuestra causa con instancia, que vigile sin tregua, que dé el toque de alarma, que llame á socorro, que acepte los ultrajes, las humillaciones, las heridas y aun la muerte; que en lugar de desertar de ese

lugar avanzado de la protección, de esa ciudadela de salud que cubre el mundo, le defienda y asegure sus comunicaciones con Dios. Y Jesús se queda cumpliendo su misión. Y el mundo vive, y la paciencia de Dios no se cansa.

¡Oh Misericordia, cómo evitáis castigarnos!

¿Qué tengo yo que hacer, sino unirme á vuestros designios, reparar con la Víctima del altar, pedir perdón para mí y para mis hermanos, con el Sacerdote del Tabernáculo, y santificarme por la recepción cotidiana de esa Hostia tan saludable, oh Misericordia infinita de mi Dios?

IV.—Súplica.

Abrid vuestra alma; dilatadla en la confianza para admirar la parte que toma en la institución de la Eucarístía la Liberalidad divina.

«Señor, dijo el Profeta, Vos abrís vuestra mano y colmáis á todos los seres de vuestra bendición.» Esta bendición es el pan bendito y consagrado por Jesús en la Cena, por el Sacerdote en el altar; es la Eucaristía que la Liberalidad de Dios derrama sobre nosotros á

manos llenas. «Tomad, comed, bebed todos.» La Liberalidad de Dios, tan magnífica en todas sus obras, pasa en esto de toda medida. A todos nos dice, todos los días y en todas partes: «Tomad y comed, tomad y bebed; este es mi Cuerpo..... esta es mi Sangre, que os entrego.»

Pero si Dios se nos da á sí mismo, ¿qué no nos dará consigo?

¿Los bienes humanos y divinos? La Eucaristía nos da á la misma Divinidad.

¿Bienes del alma? Ella nos da el Alma de Jesús.

¿Salud, vigor y pureza del cuerpo? Ella nos da el Cuerpo de Jesús.

¿Socorros temporales, pan de cada día, utilidad en el comercio, salario en el trabajo? Ella nos da todos los socorros, todos los bienes, todos los tesoros encerrados en el Corazón de Jesús.

¿Quien da lo más, puede rehusar lo menos?

Y esto que la Liberalidad de Dios nos da así, sus bienes, sus gracias, sus tesoros, sus socorros y su Eucaristía, nos los da siempre, sin cansarse y sin rehusarlos ni aun á los que abusan de ellos.

¡Siempre! ¡á todos! y ¿á qué precio? Al

precio de un simple deseo, de una mirada dirigida hacia el Tabernáculo, de una necesidad que se expresa, de una miseria que se confiesa. »Venid, venid todos; venid también los que no tenéis ni oro, ni plata; venid en grupo y comprad sin desembolsar, sin dar ninguna compensación; comprad el pan y el vino que sacian; venid, bebed, comed, embriagaos, carísimos.»

Dulce Liberalidad de mi Dios, que queréis colmarme, hacerme abundar y oprimirme bajo vuestros beneficios, yo confío en Vos, á Vos me dirijo sin temor y sin poner límite á mis deseos, pues mis necesidades no los conocen. ¡Ah! Entre todos los pobres, cuyos ojos están abiertos y dirigidos hacia Vos, esperando todo de vuestra mano, dignaos contarme y dadme á mí también como á los demás mi alimento en la hora favorable. Y este alimento, ¡oh inefable Liberalidad! es la luz, la fuerza, el consuelo, la paciencia, el amor á vuestra voluntad y la humildad; es la salud del cuerpo y del alma para mí y para los míos; es todos los socorros, innumerables é incesantes de que tendré necesidad hoy y mañana y todos los días de mi vida, hasta aquel en que os posea en el cielo. Dádmelos abundantes, prontos y

eficaces; tenédmélos en reserva, para que á la hora que los necesite me lleguen vivos y vencedores de los tesoros de vuestra Eucaristía, donde residió y donde siempre podré encontraros, ¡oh Liberalidad siempre adorable!

LA INSTITUCIÓN

DE LA EUCARISTÍA

El Sacerdote.

I.—Adoración.

Reunid todos los sentimientos de respeto, de veneración, de reconocimiento, de amor y de fe que pueden entrar en el acto de adoración, para adorar á Nuestro Señor Jesucristo como lo merece, bajo su nombre sacrosanto y admirable é inefable de Sacerdote. Descorred por la fe el velo de las especies, y en este Santo de los santos en que ejerce hasta el fin la función suprema de su sacerdocio eterno, adorad al Sacerdote por excelencia: «*Tu es sacerdos in æternum.*» Vos sois Sacerdote, Vos sois el único Sacer-